

Muere el estro. Participo
Crene, que el viento en su vuelo."

Duende, me doy por vencido ;
Hagamos una expensión,
Y que esta composición
Salga sin ningún descuido.

Gracias, duende, esta letrilla
No tiene ningún error.
Seré vuestro servidor
Y amigo,

RICARDO CARRASQUILLA

Algunos juicios

SOBRE LA PERSONA Y LAS OBRAS DE
RICARDO CARRASQUILLA

I

Escritas sin pretensiones, por ser de circunstancias, la mayor parte de las *coplas* del señor CARRASQUILLA pasaron casi todas del borrador á la prensa sin lima ni retoques; así es que, á trueque de inevitables defectos, tienen el indispensable mérito de la fluidez y la naturalidad. Puede decirse que son habla rimada ó conversación común, casualmente ajustada á la métrica :

Era Juana una indiecita
De Choachí ;
Cargando lleña la vi
Y me pareció bonita.

Tuvo después crinolina,
Rico traje
Y enaguas de rico encaje,
Y me pareció divina,

Más tarde un buen corazón

Pedrería

Dióla, y el mundo á porfía

Le tributa adoración.

¡ Lo que puede la edición !

Con más soltura y llaneza no se tratara este asunto en un corro de amigos de buen humor. Póngase en boca de ellos la merecida crítica de aquellos nombres rimbombantes ó estrafalarios de que algunos padres hacen víctimas á sus amados retoños, y se tendrán estas estrofas :

Mas que en honor de la lucha

Que al gran Sucre ensalza tanto

Bauticen una *Ayacucha*,

No lo aguento.

Que cada cual de su día

Lleve el nombre, y Bonifacia

Se llame, ó Petrona ó Pía,

Vaya en gracia.

Pero que doña Solera

A la niña que ama tanto

Le haya puesto *Culebrera*,

No lo aguento.

En este género de composiciones sobresale el señor CARRASQUILLA, género que parece fácil y hasta trivial, juzgándolo á primera vista, pero que forma en la práctica lo que de Moratín para acá se ha calificado con rigurosa exactitud de *difícil facilidad*. Leer lo que en este género se escribe es tan natural, tan agradable y sencillo para cualquiera, que no todos se hacen cargo del tino, gusto literario y pluma ejercitada y correcta que se requieren en quien lo escribe: huír de lo insustancial, no descender á la vulgaridad y á las veces á lo indecoroso en cuanto al fondo, y conservar en la forma el estilo culto, el lenguaje castizo, al mismo tiempo que chistoso y ameno, son condiciones

que no se reúnen tan á menudo como puede pensarse. En la rica literatura española, por ejemplo, el fecundo y gracioso Bretón tiene pocos rivales.

Las dificultades del género festivo suben de punto en el cuadro de costumbres; así es que si el señor CARRASQUILLA, por las composiciones citadas y por las que llevan por epígrafe *Un juguete, El porvenir de la República, Don Roque* y otras varias, es acreedor á elogios, los merece mayores por las que versan sobre algunos de nuestros usos. Quien haya asistido á una de esas justas literarias sostenidas por rapazuelos tan entusiastas por el trompo y la rayuela, como rebeldes y huraños cuando se trata de las planas ó el catecismo; quien haya visto la radiosa felicidad con que las mamás escuchan y comentan las cuasi-respuestas á que á duras penas alcanzan sus mimados chicos; quien haya observado al maestro de escuela, grave y triunfador, dando sus órdenes á bedeles y monitores, como un general á sus ayudantes de campo, parapetado tras la mesa de roja y adamascada carpeta, vestido con lo mejor de su armario, y dominando la situación entre el movimiento perpetuo de los escolares y la muda expectación del interesado concurso; quien de tal espectáculo haya disfrutado, lea los *Certámenes* y hallará trasladados al papel, con gracia y fidelidad, sus propias impresiones.

Mas si se busca mayor trabajo, escenas más variadas y numerosas, y no ya un acto aislado, sino un completo cuadro de costumbres, *Las fiestas de Bogotá* satisfarán al más exigente lector. ¡Admirable pintura delante de la cual se está pálido y flojo cualquier bosquejo que la prosa libre intentase hacer! Su mérito es más grande teniendo que superar los adicionales obstáculos del metro y de la asonancia. El cuadro de *los toros* está lleno de movimiento, animación é interés; y el de *la noche* es completo, reuniendo en un solo punto los incontables episodios, los lances cambiantes, revueltos y fugitivos de una noche de zambra y de verbena en que la multitud se da al capricho, al placer y has-

ta al vicio, sin trabas ni reglas, compensando el ayer de pesar y privaciones, y sin curarse del mañana de desamparo y remordimientos. Literariamente *Las fiestas de Bogotá* adolecen de tal cual licencia ó defecto, y los pocos *bogotanismos* que contienen en el lenguaje y en los conceptos (que no dejan de notarse en algunas otras de las composiciones) se extrañan más cuanto es mayor la general corrección de la obra. Sean intencionales para asimilarse más al carácter nacional, ó sean de esos *aliguandos* en que incurren hasta los más escrupulosos escritores, tales defectos merecen completo olvido en gracia del mérito del conjunto.

Si se ha dado lugar preferente en este prólogo á la parte que el autor coloca bajo el epígrafe de BAGATELAS, no ha sido ciertamente por juzgar quien lo escribe que en las composiciones serias desmerezca el señor CARRASQUILLA: el género festivo es, sin duda, el que más conviene á su talento, mas no por eso es desgraciado en el grave y sentimental. Rompe su composición á *Dios* con la siguiente estrofa, tan concisa como clara y elegante:

Existe un sér, hijo mío,

Invisible,

Grande, eterno, incomprensible,

Cuya omnipotente voz

Sacó el universo entero

De la nada:

Es el cielo su morada

Y su santo nombre DIOS.

La dedicada á la señorita Cordovez es noble y sentida; abundan los generosos conceptos y los cadenciosos versos en la que dirige al señor Mario Valenzuela diciéndole *Triunfaste*; y finalmente en la titulada *Moisés* el desempeño es tál, que ha logrado vencer las muchas dificultades del verso blanco, y aunque de lejos, seguir la senda trazada por el ilustre Jovellanos.

MANUEL POMBO

(Del prólogo á la primera edición de las *Coplas*. 1863).

II

Cuando en 1857 el señor RICARDO CARRASQUILLA comenzó á publicar en algún periódico de la capital sus *Problemas para los niños*, nosotros nos apresuramos á presentarlos á nuestros alumnos y á encomendarles su solución, como un ejercicio adicional cuyos resultados nos proponíamos examinar.

Esos resultados no tardaron. Cuando ya la tarea no fue, en la clase de aritmética, la de aprender fórmulas, procedimientos ó corolarios para casos hipotéticos, en cuya inmediata ó siquiera posible realización no tenían los escolares completa fe, sino la de satisfacer á una cuestión presente, que de la naturalidad de sus circunstancias y de la gracia del verso recibía cierto aire de verdad, ó por lo menos de verosimilitud; entonces dominó una atención más general y profunda, producida por la curiosidad de conocer el resultado, y provocada por la especie de misterio con que éste se hacía más tardío y difícil. Era una especie de lucha entre el alumno que enunciaba el problema y el que resultaba designado para resolverlo; lucha en que todos tomaban parte, significando su aprobación ó desaprobación del modo de plantearlo, ó de los principios y reglas invocados para hallarle solución. En ese interés despertado, y casi pudiéramos decir dramáticamente sostenido, todo era ganancia para el entendimiento de los contendores, que más y más se abría á la evidencia matemática; para su memoria, en que por el triunfo obtenido ó por la derrota sufrida se grababan mejor el axioma ó la fórmula antes desconocidos; y para su criterio, obligado á formarse y crecer para hacer la evaluación de los datos y juzgar de la oportunidad de los procedimientos.

Y como los problemas no venían de un ingenio que aspirase en ellos á hacer ostentación sólo de riqueza de fantasía, y de galanura de frase, sino además, y principalmente, de versación en la ciencia y método en la enseñanza, el

problema de hoy exigía, sobre los conocimientos indispensables para comprender, plantear y resolver el de ayer, desarrollos más extensos y más adelantadas nociones. Así teníamos la ventaja de solidificar cada día las enseñanzas de los anteriores, y descender gradualmente, sin dejar olvidar los conocimientos preliminares, como también sin permitir escalar las más levantadas operaciones. El juego matemático de los datos, requiriendo el apoyo de todos los principios y llamando á servicio todas las reglas, mantenía presente é íntegro el cuerpo de la doctrina, la cual cada vez se estudiaba y se fijaba mejor.

Tanto provecho obtuvimos del ejercicio ocasionado por los referidos problemas, que, al fin, no nos bastaron en la clase los publicados por el autor; y venciendo su genial modestia, hubimos de arrancarle los demás, que acaso él sólo había formulado para sus propios alumnos.

Ahora, esos mismos problemas, aumentados en su número, generalizados en su tendencia, perfeccionados para su objeto, vestidos con las más elegantes formas de la verificación española, enunciados todos en ese decir límpido y transparente, peculiar de los que, como CARRASQUILLA, han bebido en las fuentes castellanas de más puro raudal; esos problemas, decimos, coleccionados en edición correcta, lujosa é ilustrada, son ofrecidos al público, y no dudamos de la manera como éste los acepte.

Para lo que á nosotros toca, considerándonos deudores á ellos de la mayor parte del buen éxito que en la enseñanza de la materia á que se refieren hemos obtenido en los últimos años, aun con niños de muy tierna edad, sólo creemos cumplir con un deber al manifestar á nuestros hermanos de profesión los benéficos resultados que ya hemos alcanzado de su adopción en las clases adelantadas.

Sin necesidad de nuestra manifestación, cualquiera comprenderá, por la simple lectura de la obra del señor CARRASQUILLA, su inmensa utilidad, sobre todo para adiestrar á los escolares en el planteamiento de toda clase de cuestiones, lo

que es la parte más difícil al mismo tiempo que la indispensable circunstancia para su exacta resolución.

El pensamiento desarrollado en los *Problemas para los niños*, á saber, el de encomendar á una práctica omnímoda é incesante la fijación de los puntos cardinales y métodos demostrativos de la ciencia, es el mismo que preside generalmente á la formación de los libros didácticos ingleses y norteamericanos, y una de las causas que han producido la elección de ellos para textos, con preferencia muchas veces á los trabajos alemanes y franceses que suelen sobrar abundar en lujosas teorías más abrumadoras que provechosas en las clases.

Por otra parte, y si se quiere averiguar lo que llamaremos la fecundidad ó aplicabilidad de los mencionados *Problemas*, que haga un profesor el ensayo con uno cualquiera de ellos, dándolo como materia de examen para el más avanzado de sus alumnos, y se convencerá de que muy poco hábil ha de ser el examinador que no acierte á hacer aparecer y girar en torno de ese problema toda la aritmética para profundizar sobre ella y diversificar sus cuestiones hasta lo infinito.

Por lo que hace al ameno escritor, autor del precioso libro de que hemos hablado, él debe gozar la dulce satisfacción de que ha sabido poner el ingenio poético al servicio de la severa verdad matemática; de que ha acertado con una excelente demostración á hacer el elogio de las letras, que él ha hecho en su reciente publicación doblemente amables, por su belleza intrínseca y por la utilidad científica de su aplicación.

SANTIAGO PEREZ

(De *El Tiempo*, 1859)

III

Abramos nuestra correspondencia.

La primera carta que encontramos es la de un institutor de la juventud. Lleva no menos de veinte años de pa-

cífica y meritoria labor. Ha educado algunos miles de niños, y sigue.... Mientras él ha gastado la flor de su edad en tan ímprobo trabajo, han pasado sobre la República cuatro grandes revoluciones y quince revoluciones menores; han muerto en las batallas treinta mil hombres; se han perdido capitales por más de veinte millones; la Nación ha retrogradado inmensamente; y él persevera todavía en su santa empresa!

Improvisador admirable, el señor CARRASQUILLA no necesita sino auditorio y una mala tribuna desde donde hablar, y entonces es como el torrente que se despeña llevando en su curso cuanto encuentra al paso; y como combate siempre contra el error, éste que la vencido con su inflexible lógica, su admirable imaginación que reviste con las galas del poeta las materias más áridas.

El dice que no escribe sino letrillas: es pura moderación. Ahora mismo tendrán ocasión de desengañarse nuestros lectores hojeando los *Sofismas anticatólicos vistos con microscopio* que empezamos á publicar desde el presente número de *La Caridad*.

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

(De *La Caridad*, tomo V, 1869)

IV

Pocos conocen de cerca á RICARDO CARRASQUILLA, porque es sobrado humilde, adusto en apariencia, y vive casi siempre retraído de todo lo que no es su hogar y su colegio, confundidos como en una sola familia. Es un hombre corpulento y de grave continente, sencillo en todos sus gustos, digno en su pobreza, austero en sus costumbres, purísimo en sus actos, profunda é incontrastablemente religioso, noble y caballero en todo.

No hay en la fisonomía de CARRASQUILLA un rasgo que no indique luz de inteligencia, vigor de voluntad, nobleza de sentimientos, seriedad de criterio, espiritualismo eminente, santidad de alma, caridad y fe apostólicas y se-

renida de conciencia. Sus facciones no son finas, pero son expresivas y nobles, y tienen todo el sello de la ingenuidad y la franqueza. Tiene una frente enorme, llena de protuberancias elocuentes, donde hay espacio para que se revelen diez ó más inteligencias. Su voz, de bajo profundo, es sonora como una gran campana de catedral, propia para expresar grandes y solemnes verdades, para la oración que impresiona como el *de profundis*, para pronunciar con toda la majestad debida la palabra Dios.

No he conocido hombre que tenga un juicio crítico más certero que CARRASQUILLA. Se le propone un problema político ó moral, ó se somete á su concepto una obra literaria, y su visión mental cae al punto sobre el nudo de la cuestión ó el eje de la obra, como un martillo que, hábilmente manejado, golpea rápidamente sobre la cabeza misma del clavo. No es hombre político ni jamás ha figurado en la política militante, y sin embargo, nadie ve más claramente que él en medio de las tinieblas de que el espíritu de partido rodea las verdades morales y políticas. ¿De qué proviene esta particular *clarovidencia*? De que CARRASQUILLA no conoce el odio ni la envidia ni otras pasiones feroces que obcecan el entendimiento, y de que, no procediendo jamás por interés, puede en todo caso aplicar su regla de criterio: el principio moral.

Tiene CARRASQUILLA una facultad que es rara, pero que es propia de un espíritu sintético como el suyo, que reduce toda la ciencia humana á muy pocas verdades elementales: hablo de la facultad de condensar una gran suma de pensamiento en muy pocas palabras. Su laconismo es constitutivo; aun en sus coplas hay algo de Kempis, porque en cada línea hay una verdad completa.

Y luégo, ¿qué poder para inocular sencilla y dulcemente la verdad! CARRASQUILLA tiene el dón de hacerlo meditar á uno con diez minutos de conversación, más que un libro entero. La verdad la brota de los labios con la unción intelectual de una convicción incontrastable, y

con toda la autoridad de la virtud humilde pero inflexiblemente práctica.

JOSÉ MARÍA SAMPER

(Extractos de un artículo publicado en *El Deber*, de 8 de Noviembre de 1878).

V

Agotada estaba, muchos años há, la edición primera de las poesías de CARRASQUILLA, ó llámense *coplas* como entre modesto y festivo plugo á su autor bautizarlas á todas por igual, dejando á unas mal contentas y bien quejosas á otras. La nueva colección sale considerable y ventajosamente enriquecida con composiciones inéditas muy apreciadas, entre ellas los *Ecos de los zarzos*, reminiscencias de la época dictatorial y de terror, de 1861 á 1862.

CARRASQUILLA goza de antigua y merecida reputación como poeta festivo, no siendo en él ni escaso ni común mérito saber esparcir sales y gracejos de buena ley en correctas y atildadas redondillas ó en fáciles y cadenciosos romances, sin el grosero desaliño, las libertades é intemperancias de mal gusto á que está ocasionado este género de composiciones en manos de los que hacen profesión de escritores graciosos. Saber hacer reír es un dón natural ó un arte instintivo, cuyos peligros notorios ha sabido evitar CARRASQUILLA.

Sus coplas, letrillas y juguetes métricos son alegres y lícitos desahogos de quien vive noblemente consagrado á los estudios y á la educación de la juventud. Ni todas sus coplas son de mero pasatiempo, á manera de los juegos de sociedad, que ofrecen inocente entretención, aunque carecen de finalidad moral. En algunas de ellas, trasluciéndose en el coplista el hombre tal cual es, ha sabido poner rasgos chispeantes de crítica social. De esta clase de composiciones, en que el poeta enseña jugando y hace reír dando al mismo tiempo en qué pensar, son los siguientes, que cordialísimamente recomendamos: *El justo medio*, *Pérdidas y ganancias*, *Los principios radicales*.

No siendo nuestros romances
 Para hombres serios y cultos,
 Para quién son? Solamente
 Para viejas y palurdos,
 Para los santaferreños
 Y para los vagamundos.

Y también para los hombres melancolizados que no excusan desarrugar un rato el agrio sobrecejo; para los alegres que desean oír ecos que respondan á su propia alegría; para los niños que quieren satisfacer la necesidad propia de sus años de aprender coplas y cantares, sin detrimento de la inocencia y el decoro; para toda persona razonable y de buen gusto. Es libro de familia, que sabe pasar de manos de padres á hijos, y cambiarse entre hermanos y hermanas, ofreciendo á cada cual algo que, acomodándose á su peculiar genialidad, le entretenga y le solace.

En un agradable prólogo que precede al libro, el señor Marroquín trata á CARRASQUILLA como á amigo viejo, y al público como á conocido de marras, con sabroso y confanzudo desenfado.

M. A. CARO

(De una nota bibliográfica en la cubierta del *Repertorio Colombiano*, 1881).

VI

Con sobrada razón puede decirse que Bogotá está de luto, hoy que la funesta noticia del fallecimiento de RICARDO CARRASQUILLA ha circulado tristemente en la ciudad, produciendo dolorosa impresión en sus amigos y en cuantos le conocieron y trataron de cerca. ¿Y quién no conoció á RICARDO CARRASQUILLA? ¿Quién no le amaba, con aquel amor mezclado de respeto y consideración que impone el mérito verdadero, ese mérito que consiste en un raro conjunto de felices circunstancias, de cualidades extraordinarias? Talento, virtud, candor, ingenuidad, simpática presencia, amable trato.... Larga sería la enumeración de esas cualidades que constituyeron en RICARDO un tipo especial por lo completo y raro.

Pero, si éste es el duelo de la sociedad, ¿cuál será el de las letras colombianas? Si aquélla ha perdido un noble ejemplar del buen ciudadano, del buen padre de familia, del institutor modelo, del amigo sin tacha, del cristiano verdadero, éstas ven salir de sus filas al poeta popular, ameno, fácil y al mismo tiempo filosófico, cuyas *coplas*, como él llamaba sus lindos versos, se insinuaban blandamente en todas las clases de la sociedad y por todos eran aplaudidas, hasta el punto de que no había quien no supiese de memoria alguna ó algunas de sus originales décimas ó letrillas.

“Quiero á CARRASQUILLA no sólo como se quiere á un amigo íntimo, sino como á un hermano, como á un ser que me pertenece,” nos decía otro poeta que supo comprenderle; alma sensible y generosa como él: don José Antonio Soffia (Q. E. P. D.). Otro tanto podemos decir nosotros, que tantos años hace lo conocíamos, que mantuvimos con él largas y fructuosas relaciones, y á quien hallámos siempre igual, siempre consecuente y lleno de bondad.

Estas palabras que la sorpresa y el dolor nos permiten trazar brevemente, son nuestro último adiós al amigo y nuestro más sentido pésame á su digna esposa y amantes hijos, que nunca tendrán bastantes lágrimas para llorar tanta desgracia.

Pero muy especialmente acompañamos en su pena á nuestro amigo don Rafael, digno hijo de RICARDO, ausente hoy de esta ciudad. ¡Quién le hubiera dicho que el abrazo que le daba á su padre al separarse de él había de ser la eterna despedida, á lo menos en la tierra! ¡Y quién le hubiera dicho á RICARDO que cuando escribía sus dos bellas composiciones tituladas *La Nochebuena* y *La misa del gallo*, esta fecha que tanto lo regocijaba estaba ya escrita en el libro de los destinos humanos como el último día de su vida!

JOSÉ CAICEDO ROJAS.

(De *El Telegrama*, 1886).

VII

Poeta festivo, de muy distinta cuerda que Posada, fue don RICARDO CARRASQUILLA, benemérito institutor y autor de libritos de propaganda católica muy bien hechos. Su tomito de poesías que él modestamente llamó *Coplas*, está lleno de gracejo decoroso y fino: hizo excelentes letrillas, cuadros de costumbres como *Las fiestas de Bogotá*, y acertó á tratar con sentimiento y viveza, aun sin salir de su manera fácil y sencilla, asuntos más elevados, ya de leyenda histórica, como en *El abrazo*, ya de naturaleza pintoresca, como en *Una visita al Salto de Tequendama*.

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

(De la *Antología de poetas hispanoamericanos*. Tomo III).

LA LITERATURA HOMEOPATICA

En este afortunado siglo, tan justamente apellidado de las luces, se ha descubierto que el espíritu es nada y la materia todo; y que el tiempo es un tesoro inestimable, no por ser el corto plazo concedido al hombre para conquistar una felicidad eterna, sino porque *vale dinero*. Persuadidos de esta poética verdad los hombres, y hasta las mujeres de progreso que andan en zuecos y á trotecito, procuran hacerlo todo en el menor tiempo posible; y con los modernos descubrimientos no hacen sino compendiar todos los que nos legaron los pasados siglos;

Pues un ferrocarril si se calcula,
Viene á ser el compendio de una mula;
Y un billete de banco, bien mirado,
Es oro compendiado;
Y el cable submarino, según creo,
Es compendio abreviado del correo;
Y una niña coqueta y descarada
Es legión de demonios compendiada.